

¿Se puede predecir el futuro?



Abro el periódico y leo por ejemplo el horóscopo semanal para los nacidos bajo el signo de Tauro:

«Tauro: Tu salud seguirá estable pero debes evitar los excesos. Buscarás la compañía de la gente que te quiere. Se acercan cambios importantes en tu vida».

Se calcula que cada año mueren unos cincuenta y seis millones de personas en todo el mundo, es decir, algo más de un millón por semana. Hay doce signos del zodiaco. Por lo tanto, durante la semana en cuestión van a morir probablemente más de ochenta mil tauros. No creo que fuera ése el tipo de cambio que les anunciaba el horóscopo...

Es absurdo pensar que los quinientos millones de tauros que debe de haber en este planeta vayan a tener todos una semana parecida. Algunos de ellos van a gozar de una salud estable, otros van a contraer una enfermedad incurable; algunos van a buscar la compañía de gente de los quiere, otros van a salir huyendo de esa gente que los quiere; algunos van a cambiar de vida porque les ha tocado la lotería, otros van a cambiar de vida porque los han echado del trabajo. Sí, y más de ochenta mil van a cambiar *totalmente* de vida.

Sin embargo, debo reconocer que muchas veces leo mi horóscopo. ¿Por qué lo hago? Porque el futuro es tan importante y tengo tantas ganas por saber lo que me va a pasar que no puedo evitar leerlo, aunque no crea nada de lo que me diga. Además, como se suele decir, nunca se sabe...

Realmente, el futuro es lo más importante de nuestras vidas. Si sólo me quedase un minuto de vida probablemente lo iba a emplear en interrogarme sobre mi futuro...

Como personas racionales que somos, sabemos que el futuro depende *en parte* de nosotros. Si quiero irme de vacaciones al Caribe el año que viene, y no tengo ni cinco, voy a tener que hacer algo al respecto. Si no pongo algo de mi parte va a ser difícil que ese futuro caribeño se materialice. Pero puede ocurrir que yo ponga todo de mi parte y, sin embargo, de Caribe nada de nada. Mil imponderables y accidentes me pueden fastidiar los planes. No hay garantías de éxito. No hay seguridad.

No hay seguridad de que vaya a ir al Caribe el año que viene, no existe seguridad de que vaya a tener una vida feliz, de que vaya a tener salud, dinero y amor, de que me vaya a ir al cielo o a reencarnarme en un ornitorrinco. No hay seguridad de

nada, por mucho que me esfuerce. Hay probabilidades, eso sí. Si confío en ganar la lotería para irme al Caribe tengo menos probabilidades que si me pongo a trabajar como un loco. Pero las probabilidades no son seguridades.

Y yo quiero saber. Yo quiero saber si voy a ir al Caribe el año que viene. Yo quiero saber si voy a encontrar el amor y el dinero y la felicidad. Yo quiero saber, necesito saber. ¿Por qué? ¿Por qué esa necesidad de conocer el futuro? Es muy simple: si sé que voy a encontrar el amor, el dinero y la felicidad, voy a poder quedarme más tranquilo con mi presente. Además, voy a poder incluso comenzar a disfrutar anticipadamente todo ese futuro que me espera.

Una parte depende de mí. Pero sólo una parte. El resto depende de no se sabe qué. Las circunstancias, el azar, la suerte... Es decir, todo lo que yo no puedo controlar. Napoleón no creía en las circunstancias, creía que todo dependía de él: «¿Las circunstancias? —decía— Yo soy las circunstancias». Por lo visto, en Waterloo se le escapó alguna circunstancia... Además, incluso Napoleón no debía de creer del todo en esa afirmación suya ya que en una ocasión, cuando le relataban todas las virtudes de un general que debía ser ascendido a mariscal, Napoleón comentó: «Sí, todo eso está muy bien, pero díganme ¿tiene suerte ese general?».

Entonces, yo quiero saber si voy a tener suerte. Quiero saber si todas esas circunstancias que no puedo controlar me van a favorecer. ¿Qué puedo hacer? La primera respuesta que a uno se le viene a la mente es: nada. No podemos conocer el futuro con antelación. Por eso es el futuro. Yo diría que esta respuesta tiene algo de verdad. No se puede conocer todo el futuro

con antelación porque el futuro implica una cierta cantidad de... sorpresa! Y no puede haber sorpresa si uno ya sabe lo que va a pasar. Sin duda, en los catorce mil millones de años de existencia que supuestamente tiene el universo, ha habido una buena cantidad de sorpresas y no creo que todo estuviese programado de antemano. No creo que cuando surgieron las primeras partículas subatómicas ya estuviese escrito en algún sitio que Casimiro Gutiérrez y Rigoberta Pinilla fuesen a casarse catorce mil millones de años, tres meses, once días y siete horas después.

Sin embargo, sí creo posible que Casimiro «supiera» con absoluta certeza que Rigoberta iba a ser su mujer en el momento mismo en que la vio por primera vez. Y cuando digo «supiera» no me estoy refiriendo a que «creyera» o a que «deseara», sino a que de repente tuvo visio algo que luego sucedió. Me estoy refiriendo a que tuvo una revelación del futuro. Esto no quiere decir que le fuesen revelados todos los detalles de la boda y de su vida junto a Rigoberta, pero sí que tuvo un pequeño atisbo de ese futuro.

A menor escala, esto nos ha sucedido a todos: antes de entrar en una relación o en un negocio, antes de tomar una decisión, hay algo que nos dice «no, no te metas por ahí». Hay algo que «sabe» que ése no es un buen camino. Lo que diferencia esta voz de un mero presentimiento es la certeza con que se presenta. Muchas veces, nuestras racionalizaciones y nuestros deseos nos impiden hacerle caso, pero más adelante, cuando nos hemos pegado el porrazo, recordamos de nuevo la claridad de esa advertencia.

Esta capacidad no es algo tan milagroso. Después de todo, el futuro no sale de la nada sino que tiene sus raíces en el presente.

Obviamente, hay raíces de tipo causal que nuestra mente racional está perfectamente capacitada para ver. Si Jaimito deja caer un huevo desde un quinto piso, puede ver claramente cuál va a ser el futuro de ese huevo. Es poco probable que caiga hasta el segundo piso, quede allí suspendido en el aire un par de minutos y luego vuelva a subir hasta el quinto. Jaimito sabe que el futuro de ese huevo es estrellarse sobre la cabeza de Pablito. De manera que el huevo reventado sobre el pobre Pablito que pasaba por allá abajo ya tenía sus raíces en el hecho de ser arrojado desde un quinto piso. Éstas son las raíces de tipo causal que todos conocemos. Son situaciones de causa y efecto que están basadas en nuestro conocimiento del pasado: Jaimito sabe que los huevos caen en dirección del suelo porque nunca ha visto en el pasado un huevo que caiga hacia arriba.

Pero también existen situaciones en las que la predicción racional es imposible. No había ninguna circunstancia pasada que le permitiera a Casimiro tener esa visión de una futura boda con Rigoberta. El hecho de que tuviera esa visión puede indicar que esa futura boda tenía raíces de tipo no causal en ese primer encuentro. Había «algo» en ese encuentro que pudo ser captado intuitivamente y que dio lugar a esa visión del futuro. Esta captación intuitiva funciona de manera muy distinta al intelecto. Con el intelecto Jaimito divide la situación general en una serie de elementos (huevo, quinto piso, tiempo de caída) y, gracias a su conocimiento del pasado, saca conclusiones con respecto a estos elementos (el huevo se va a estrellar sobre ese cretino de Pablito). Por el contrario, con la intuición Casimiro no divide la situación en elementos sino que se mantiene receptivo a lo que el momento pueda ofrecer. Esta receptividad, esta apertura,

puede permitir que se revelen esas raíces no causales que permanecen ocultas al análisis racional. Estas raíces no causales son las que conectan este momento presente con el momento futuro. La totalidad de este presente (este encuentro entre dos personas) armoniza de tal manera con ese futuro (la boda) que es como si el futuro ya estuviese contenido en el presente. Ese futuro que está contenido en el presente es lo que Casimiro ve.

Supongamos que esta larga explicación sobre la precognición te haya convencido medianamente. Sin embargo, esto no resuelve el problema. Tú quieres ver el futuro, no que te expliquen cómo funciona el asunto. Además, si esta visión de futuro es algo que surge de repente, muy de vez en cuando y que no puedes controlar, ¿para qué diablos te va a servir? Tú quieres ver el futuro ahora y no esperar a que surja ese momento casi místico en el que uno ve las famosas «raíces no causales»...

El problema reside en que esa «visión del futuro» que queremos nunca va a ser una visión sensorial: no vamos a ver el futuro como vemos la pared que tenemos delante. Tampoco va a ser una visión mental en la que vemos el futuro basándonos en las leyes de causa y efecto o realizando cálculos de probabilidades sobre lo que va a ocurrir. Lo que buscamos es una visión intuitiva del futuro. Si esta visión surge de repente cuando uno menos se lo espera, si esta visión se encuentra más allá de nuestro control, lo que tenemos que hacer es aprender a controlarla, aprender a desarrollarla. Y es un hecho que la intuición puede desarrollarse.

Después de todo, eso es lo que hemos hecho con nuestra visión mental, con nuestra capacidad racional. Nadie nace con esa visión ya desarrollada. Jaimito con dos años de edad no habría podido dejar caer ese huevo sobre Pablito porque aún no

habría desarrollado la capacidad racional para hacerlo. Sin embargo, unos años más tarde lo podrá hacer sin ningún problema.

Es verdad que no todos nacemos con las mismas capacidades para la intuición, al igual que tampoco nacemos con las mismas capacidades para el pensamiento racional. Pero nadie deja de desarrollar su mente racional por el hecho de no poder convertirse en un Einstein. De la misma forma, no vamos a dejar de desarrollar nuestra intuición por el hecho de no poder convertirnos en un Nostradamus.

Porque si queremos ver el futuro, sólo tenemos dos opciones. La primera es acudir a una persona con unas capacidades de precognición extraordinarias para que lo vea por nosotros. Supuestamente esto no es nada difícil. Por todos lados hay anuncios como el siguiente: «Soy el Mago Mayumba, heredero del ilustre linaje de videntes cósmicos de Tasmania y décima reencarnación del gran lama Shoshima. Yo te revelaré lo que el futuro tiene reservado para ti. Se aceptan Visa y Mastercard».

Espero que un escepticismo de primer año de primaria sea suficiente para desconfiar de algo así... La verdad es que encontrar a una persona que tenga *realmente* unas extraordinarias capacidades de precognición no es nada fácil. Esto sólo nos deja la segunda opción: desarrollar uno mismo estas capacidades. El problema con esta segunda opción es que no sabemos qué es lo que podemos hacer para desarrollar nuestra intuición. Necesitamos un método, un sistema, una práctica.

Y aquí es donde llegamos, después de esta larga introducción, al tema de este libro. Señoras y señores, tengo el honor de presentarles uno de los métodos más eficientes para desarrollar la intuición: EL TAROT.

¿Qué tiene que ver el futuro con un montón de cartas?



Como decíamos antes, más que el futuro, lo que vemos son ciertas raíces, ciertas semillas de ese futuro que ya existen en el presente y que se escapan a nuestro análisis racional. El análisis racional se basa en una clasificación del presente que realizamos mediante conceptos y palabras. Gracias a los conceptos y a las palabras creamos un mapa de nuestra situación presente: soy Casimiro Gutiérrez, tengo 35 años, estoy enamorado de Rigoberta, trabajo como profesor de tango, rumba y salsa, estoy hipotecado hasta las cejas, me gustan las películas de Kung-Fu y los mariscos...

Basándome en este mapa Casimiro puede hacer predicciones de tipo racional:

«Dentro de 30 años habré acabado de pagar la hipoteca».

Ahora bien, este mapa conceptual no le va a servir a Casimiro para realizar predicciones de tipo intuitivo. Es verdad que, al ver a Rigoberta, Casimiro tuvo esa revelación intuitiva del futuro, pero sobre estas revelaciones fortuitas no se puede crear ningún sistema que podamos controlar.

Necesitamos pues un mapa no conceptual del presente, un mapa que no haya sido construido racionalmente y a partir del cual puedan surgir estas revelaciones sobre el futuro. Un mapa basado en imágenes.

Antes de aprender a hablar el niño aprende a formar imágenes. Cuando el bebé se pone a buscar un cierto objeto entre las mantas de su cama, un objeto que aún no puede nombrar, y al final lo encuentra y se lo mete en la boca, quiere decir que ya tenía una imagen de ese chupete en la cabeza mientras lo buscaba. Al igual que tiene una imagen de la madre cuando se pone a llorar para que acuda. Las imágenes son el fundamento mismo de nuestra mente.

El famoso psicólogo suizo Carl Jung escribió sobre los arquetipos, imágenes primordiales que forman parte de la conciencia colectiva de la humanidad. Imágenes como la madre, el padre, el héroe o el viejo sabio.

¿Qué podría ser más evocador que un mapa del presente formado por estas imágenes primordiales? Ajá, seguro que ya puedes ver por dónde van los tiros...

El Tarot consta de setenta y ocho cartas. Veintidós de ellas ilustran estas imágenes de las que estamos hablando. Imágenes que representan situaciones básicas de nuestra condición humana. Imágenes como la madre, el padre, la muerte, la luna o el sol. Estas cartas son los arcanos mayores, la parte esencial del

Tarot. Las cincuenta y seis cartas restantes, muy similares a las de la baraja española, forman los arcanos menores.

Lo que nos toca hacer ahora es crear un mapa simbólico del presente con estas cartas ¿Cómo? Muy fácil: dejándolo al azar. Es lógico, lo que queremos ver en este mapa del presente son esas semillas de futuro, ese futuro que está más allá de nuestro control, ese futuro que depende del azar. Tiene sentido pues dejar que el azar contribuya a crear este mapa.

Hagámoslo ahora mismo. Basta de teoría.

Respiro profundamente, me relajo, barajo los arcanos mayores (las veintidós cartas especialmente simbólicas que están numeradas con caracteres romanos) y escojo una al azar: la muerte! Antes de leer el significado de esta carta —o de comenzar a escribir mi testamento— contemplo tranquilamente la carta en cuestión. Se trata de que me sirva de instrumento para revelarme algo, para activar esa intuición que ve más allá de mi mente racional. ¿Qué puede querer decirme este esqueleto con guadaña sobre mi presente? ¿Qué puede implicar sobre mi futuro? ¿Qué quieren decir estas cabezas cortadas? ¿Voy a morir decapitado o soy yo el que tiene que cortarle la cabeza a alguien?

No, no parece nada fácil entender este «mapa» no racional que hemos creado. Por eso acudo a lo que esta carta ha evocado para la mente intuitiva de muchas otras personas a lo largo de los siglos. Leo entonces que la carta de la muerte no se refiere necesariamente a la muerte física, sino que puede indicar un cambio, una transformación, un nuevo comienzo. De hecho puede ser una carta muy positiva.